

Algo sobre Prensa Católica

Discurso de recepción como Numerario en la Real Academia de Córdoba, de Don Daniel Aguilera Camacho, leído el 20 de Febrero de 1940.

Es tradicional y preceptivo en las Academias que para recibir oficialmente a sus miembros presente el recipiendario un trabajo en que aporta sus conocimientos en un asunto determinado. Es como la exposición y probatura de una tesis que se exige para la investidura del doctorado en las Facultades.

Cuando fui nombrado correspondiente, de esta secular y luego Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en los tiempos ya lejanos de mi juventud, dedicaba como la protagonista de un poema de Campoamor

24 horas largas cada día

a mí que hacer ordinario y esto no permitió que fuera asíduo concurrente a las tareas de este Centro, pero cuando aquellas causas cesaron, y así ocurrió en 1939, los hoy mis

la sugerencia porque es materia muy de mi agrado y a propósito para hacer de ella estudios y divulgación.

Además la Academia había dedicado varias sesiones en el pasado curso a estudio de bolandistas y se daban la mano estas enseñanzas con lo que pudieran ser estas modestísimas aportaciones mías.

Medité acerca de esta indicación, pensando en el mártir tudense



Don Daniel Aguilera Camacho, Periodista, Director y propietario de «El Defensor de Córdoba» y fundador de la «Revista Mariana». Nació en Baena el 10 de Abril de 1877. Ingresó en nuestra Academia como correspondiente el 8 de Noviembre de 1913.

respetados compañeros tuvieron la benevolencia de designarme para uno de los sillones vacantes.

Uno de los académicos, persona doctísima y singularmente estudiosa, hubopoco después de preguntarme qué tema escogería para este mi discurso, y me sugirió la idea de que fuera un asunto basado en la historia de los mártires cordobeses.

Acertado estuvo en

San Pelagio, que aquí dió su vida por Dios y por la Patria. Me era simpático hablar de un mártir, que en plena juventud dedicaba muchas horas de su cautiverio a explicar las epístolas de San Pablo, explicación que exige algo más que un saber rudimentario. Al delinear la figura de este mártir, menos conocida que la de otros de la misma época, como San Eulogio, Speraindeo, el abad Sansón....., hay que citar un centro de cultura que lleva su nombre y del que han salido muchos hombres de letras, ciencias y piedad. Por el Mártir y por el Seminario creía muy conveniente una monografía de San Pelagio, tanto más cuanto en la biblioteca de dicho Centro sólo se encuentra un ensayo dramático-biográfico con menos arte que excelente intención. En otra gran biblioteca cordobesa, muy escasamente visitada, hay en una edición de los Bolandos un poema latino (que yo traduje en otro tiempo), cuyo poema revela la inspiración y noble simpatía hacia la España católica de la monja sajona Roswitha, digna por ello de nuestra admiración y gratitud.

El poema es narrativo y se titula: Del cautiverio y martirio de San Pelagio.

No me consideré con fuerzas para traer a este acto semejante cuestión y pensé entonces en un escarceo filológico.

Hace algún tiempo corre como buena, hasta en labios de personas ilustradas y a diario se lee en los periódicos, una palabra en un plural absurdo que me crispa los nervios. Esa palabra es *autobuses*, y su barbarismo es igual que si buscáramos plural a *todos*, que ya lo es, y dijéramos *todosos*.

Me pareció que era pretencioso tratar de ese tema y hablar de palabras que ni la necesidad justifica, ni los docios crean, ni impone el uso con razón. Es cierto que hay quien inconscientemente las acepta, quien sin precaver el mal que hace, las prohija y hasta olvidando un deber no las rechaza, declarando que son del vocabulario del arroyo y en él deben quedarse, pero hay autoridad que puede y debe hacerlas desaparecer y de ella espero que así lo haga.

Pensé entonces que habiendo dedicado todas las energías de mi vida a la prensa, también sobre ella debía versar ahora. Pero ¿de qué fase del periodismo, de qué cuestión con él relacionada debía ocuparme? No de la parte económica, ardua y poca estudiada por los amantes del ideal, para lograr el cual soñaban con el periódico; no del periodista alma del periódico, ni de la empresa que transforma ese alma haciéndole a veces pensar y escribir de modo distinto a como entiende; tampoco del periodismo-negocio porque nunca lo

comprendí de ese modo, y he pensado en el periódico que defiende un ideal, cuyo ideal y cuyo periódico he defendido siempre. Periodista católico por convicción, por educación y por afecto, me parecía, que por conocerlo mejor debiera escoger unas ideas sobre el periodismo católico, para ocupar la benévola atención, que espero me prestará este selecto auditorio que me honra acudiendo a oírme.

Cuestión nada nueva y harto discutida, no se ha expuesto claramente por distintas causas y no se han llevado a la práctica muchas de las soluciones buscadas, porque el ambiente saturado de liberalismo lo impidió.

«La prensa es, según dijo Villergas, igual que la nieve, que lo mismo blanquea las cimas de los montes que las profundidades de los barrancos. Altos y bajos reciben cotidianamente las impresiones que aquella les transmite, y altos y bajos aunque quieran sustraerse a su influjo no pueden dejar de recibir las ideas que le comunica y con su labor constante va llevando la convicción o el interés por lo menos en la materia tratada».

Pues bien, esa fuerza, que indudablemente tiene, hay que dirigirla y de esta manera puede inclinarse a los lectores hacia el bien y apartar la sociedad de fatales derroteros a que le conducen la falta de Fe y la sobra de sensualidad. Lo contrario es lo que realiza la prensa francamente atea y desmoralizadora, aunque es pertinente decir que no es esa prensa la peor, porque así lo parezca a primera vista. La peor la define Severino Aznar diciendo: «es la que destila el beleño de la indiferencia apagando los fuegos de todo entusiasmo, riéndose del ideal. Es la que se disfraza de católica el Jueves Santo y es lujuriente el Carnaval, aplaude la doctrina del socialismo un día y al siguiente defendió el capitalismo».

La prensa católica tiene que luchar con la declaradamente enemiga y con la que taimada lo es más. Su labor es misionera, confesional. Por esto no es, aunque a veces se lo llame, la que escriben fervientes liberales, que en determinadas ocasiones tienen fruición en llamarse católicos y hasta llevan visibles algunos días escapularios y crucifijos. Para esos tales se inventó el dicho que tomó carta de naturaleza. «Somos católicos como lo fueron nuestros padres y liberales cual es nuestro siglo».

Podrán llamarse como quieran, pero nunca arrogarse el dictado de un nombre cuyo ideal no aman y sus doctrinas no sienten.

El Cardenal Segura estuvo muy acertado al definir la prensa católica en estos párrafos: «Por la naturaleza misma de la prensa

católica, tiene ésta que luchar con más numerosas y mayores dificultades que la prensa indiferente o impía, para poder llegar a ejercer predominio sobre las muchedumbres. Nuestra prensa no puede adular servilmente, ni transigir vergonzosamente, ni callar cobardemente. Nuestra prensa no puede servir intereses que pugnen con los sagrados intereses de Jesucristo y su Iglesia, y ocurre frecuentemente que los intereses económicos de las editoriales no están siempre en armonía con los intereses supremos de las almas. Nuestra prensa no debe, no puede soportar la tiranía de la empresa, ni la imposición del caciquismo político, ni los caprichos de la opinión malsana.

Nuestra prensa, ante todo y sobre todo, es católica, más que informativa y más que social y más que política y artística y científica y profesional, de tal modo que si en alguna ocasión se quisieran hacer prevalecer a la Fe, a la moral o a la disciplina, cánones supuestos del arte o de la ciencia, del orden político o social, nuestra prensa tiene ya sus normas invariables de seguir y deberá sucumbir por la gloria de Dios antes que claudicar ignominiosamente por sórdidos intereses. Camino áspero y erizado de espinas es el camino que recorre frecuentemente esa prensa católica, constantemente combatida con saña por los malos y, no raras veces, menospreciada por los que se llaman buenos. Es ciertamente doloroso observar que ni por sorpresa se ve en manos de un libertino y de un librepensador o de un impío un diario católico, si no es cuando despectivamente lo toman para impugnarle; y en cambio se ve a tantos y a tantos católicos devorando con avidez la lectura del periódico indiferente, del periódico liberal, del periódico frívolo, del periódico pornográfico, y aun del periódico positivamente sectario.»

Hay un signo que nos asegura de modo indudable que el periódico que lo lleva es católico. Ese signo es tener censura eclesiástica. Se ha señalado como obligación y es una obligación que con gusto deben cumplir todos porque revela obediencia a la jerarquía y es una seguridad de que la doctrina que se expone es católica.

El fin primordial de esta prensa es divulgar y defender las verdades de la Fe, aunque lo hagan con intensidad y autoridad los maestros y ministros de la religión. Al defenderlas ha de hacerlo virilmente, con energía en todo cuanto con esas verdades o con la religión se relacione. Secundariamente es fin la defensa de personas, entidades o bienes católicos. Por razón de los fines no puede figurar esta prensa en modo alguno entre la que es de negocio, sino entre la de ideal.

El sostener un periódico de esta clase es una carga que no ha de pesar sobre un solo hombre, sino sobre una empresa formada por y para el ideal; que aporte y administre el dinero, que asegure la vida económica del periódico, pero no que aspire a que reditúe para los accionistas el dinero que aportaron.

El diario católico debe aspirar a tener todas las perfecciones posibles, pero ni puede tener ingresos que la moral reprueba, ni escatimar gastos de los que son necesarios para mantenerlo en el más alto nivel.

Además de su doctrina y artículos de divulgación ha de tener una información tan amplia como el que más. No ha de limitarse a la del mundo católico, al que ha de prestar atención preferente, sino que ha de procurar que todos encuentren en él las noticias que necesiten.

Debe abrir sus columnas a la literatura, cuidando que ésta sea amena, variada y atractiva, defendiendo la prensa del defecto que muchas veces se le ha echado en cara: el de corruptora del lenguaje. Ya Echegaray, en un discurso académico, trató de exculparla de dicha falta, so pretexto de que el periodista por escribir de prisa puede a veces escribir mal.

Es un error creer que un periódico por ser católico sólo ha de publicar literatura ascético-mística. No hay razón alguna para que en él no se cultiven los distintos géneros literarios; es más, hay uno que debe serlo con esmero y es la crítica, tanto de libros como de obras teatrales. La razón es obvia. Los lectores deben encontrar en su periódico una verdadera guía para adquirir libros y asistir al teatro o negarse a una y otra cosa. Por ello, el redactor de teatros no será un meritorio, como hacen en algunos periódicos. Del libro y del teatro ha de tratarse con alguna competencia. El redactor que se ocupe del teatro debe alabar las bellezas literarias y los aciertos del autor, y fustigar sus faltas y equivocaciones. Pero ante todo y sobre todo ha de decir la verdad sin ambajes del aspecto moral de la obra, no ser parco en ello y mucho menos ocultar un lunar de ese aspecto de la misma. Sea quien fuere el autor y sea como quiera la obra literaria, cuando el autor ofende la verdadera doctrina o la moral de algún modo, por leve que sea, el crítico debe subrayar la ofensa o falta, y si el caso lo requiere reprobarla con toda energía. Por transigir en lo que algunos consideraron insignificancia, se llegó de concesión en concesión, en los últimos tiempos, a tener como mal menor lo que es un mal positivo para todo ser consciente.

Como se debe buscar ante todo la gloria de Dios, los postulados

de esta prensa no se han de oponer ni rozar siquiera la doctrina, que siempre ha de ser lo primero.

Digo esto porque se ha dado el caso de que periódicos sedicentes católicos e independientes, publicaron en su texto principios sofísticos y anuncios impropios de su cualidad.

De aquí se desprende que el periódico debe ser confesional, mantener sus banderas desplegadas y lo mismo en su nombre, en su texto y en sus anuncios, no ha de tener equívoco alguno, sino aparecer clara su significación.

Esta clase de prensa es necesaria porque lo exige su propio fin de misionar y defender los altos intereses que le están encomendados. Prueba esta necesidad Balmes, cuando dice: «Una sociedad política está desarmada si no cuenta con un periódico que la defienda».

Medio siglo más tarde el Cardenal Reig escribía: «No puede concebirse una Acción Católica robusta, organizada, armónica, como el Papa desea si no se cuenta como instrumento para el desarrollo de la misma con una prensa católica adecuada».

Si es necesaria la prensa católica, como esas pruebas de autoridad lo demuestran, también son necesarios los medios que hemos de usar para que exista y subsista. Estos son espirituales, doctrinales, literarios y económicos. La oración está entre los primeros. Hay que orar mucho para que Dios nos dé buenos periodistas y nos depare hombres desprendidos que faciliten el dinero para esta gran obra.

Por esto fué un acierto en teoría el crear el «Día de la Prensa», que es medio espiritual y tiene como corolarios dos que pudiéramos llamar económicos: la propaganda y la colecta. Se debió la fundación del DIA a la iniciativa de don Ildefonso Montero, que al frente de un grupo de seminaristas hispalenses venía laborando por la prensa durante las vacaciones, para lo que fundó «La cruzada de la prensa» y «Ora et Labora», dos publicaciones beneméritas, dedicadas la primera a los seminaristas y la segunda enlace entre seminaristas y periodistas.

Salicru Puigvert, en uno de sus libros, dice del «Día de la prensa» que «debe ser la gran parada en que se pase revista a nuestros soldados de la pluma para enardecerlos en la lucha y comunicarles solemnemente las órdenes precisas para movilizarse en la forma que exijan los nuevos adelantos de la estrategia y del armamento». Añade que «es la fiesta magna del apostolado de todos los católicos, quienes con la oración, la propaganda y la colecta han de dar eficacia al valor heroico de los luchadores de la prensa».

Pero esta obra «tan oportuna y necesaria en los momentos actuales», en frase del Cardenal Reig, no ha tenido el desarrollo a que era acreedora por encontrar muchos detractores en los que debieron ser entusiastas, ni produjo el fruto apetecido por faltar a la obra los apóstoles necesarios. Bien deben dolerse de ello los que en los malhadados tiempos del segundo ensayo de la república padecieron males, que tal vez se hubieran evitado o aminorado de tener una prensa católica fuerte y poderosa, como pudo lograrse por este medio utilizado con entusiasmo.

El «Día de la Prensa» ha tenido, aunque pocos, admiradores idealistas, pero los que comprendiéndolo lo han llevado a la práctica han sido los menos y no han tenido quien con ardor los secunde.

El Cardenal Gasparri dijo de la fiesta: «Cuando un sinnúmero de diarios y publicaciones de todo género se difunde por doquiera en el pueblo sembrando constantemente principios contrarios a la doctrina cristiana y esparciendo noticias escandalosas y tal vez pornográficas, es obra de verdadero apostolado multiplicar los medios y la actividad de aquella prensa, que es la única que puede evitar tanto mal a las almas y puede llevar a todas una palabra buena y ecuaníme, excitando en los lectores pensamientos puros y nobles e iluminando su vida en todo momento y circunstancia con la luz vivificadora del Evangelio».

Estas palabras del Cardenal Secretario del Vaticano serían la más alta aprobación de la idea si no estuviera ya ésta bendita e indulgenciada por el Papa, pero ha faltado a la idea la franca y caíurosa acogida que debieron ofrecerle los católicos todos. Se preconizaba como necesidad absoluta para esta fiesta la oración. Creímos y creemos que la oración es lo más necesario, que por ella se habían de alcanzar celestiales dones y no faltarían materiales frutos, pero la oración, siendo la más imprescindible, fué pospuesta, casi se hizo caso omiso de ella. Tampoco se comprendió el alcance de la propaganda, que no se hizo o no fué lo metódica, ordenada e intensa que se debiera y por no hacerla se ha perdido una labor de veinticinco años, que bien dirigida pudo producir sazonados frutos en solo cinco. Era la colecta, que alguien llamó la añadidura, la tercera condición de la fiesta. Siendo la menos importante fué la preferida, y al referirse a ella se ha dicho hiperbólicamente que su resultado fué magnífico, siendo en realidad harto minúsculo.

Al decir esto es porque quizás no soy partidario de semejante fiesta? Todo lo contrario. Es que opino que deben celebrarla todos

los católicos, no omitiendo la oración, sino intensificándola con el fervor que el amor y la necesidad inspiran.

La propaganda, en los poquísimos lugares donde se ha hecho, no fué razonada e intensa, con la cabeza y el corazón, que es la propaganda que da ciento por uno. El «Día de la Prensa», como medio para engrandecerla, no lo será hasta que los católicos comprendan que es un deber suyo utilizarlo y que nunca es una carga, sino una petición que bendecirá el cielo, haciendo que en el futuro, como hija del amor, sea más querida, más divulgada la prensa católica, la cual tendrá un puesto de honor en el hogar de todos los suyos y un respeto por parte del adversario que reconocerá la fuerza que le da el cariño invariable de todos los católicos.

Otro de los medios para mejorar la prensa es la creación de una entidad que facilite información telegráfica a todos los diarios, artículos doctrinales y publicidad. Con ese fin se creó la Agencia «Prensa Asociada», por la asamblea de Zaragoza, pero no la coronaron los aciertos. Tal vez porque para desarrollar la idea se utilizaron personas de muy buena fe y talento, pero sin la práctica necesaria. Además no se coadyuvó al éxito con el debido entusiasmo, ni para lograrlo hubo apoyo efectivo.

A alguien pensó en que fuera una agencia informativa para Roma y no se cuidó de las necesidades de la propia prensa, siendo este su fin. La prensa extranjera está asociada con tal objeto. En España «El Debate» fundó la Agencia Logos para sí y otros periódicos con él relacionados. Para varios periódicos católicos se creó «Fides». En pleno movimiento, en 1937, nació «Faro», que desde un principio calculó el bien que podía hacer a la causa, sirviendo colaboración, publicidad e información telegráfica. No era el tiempo más apropiado para un ensayo, pero deben aprovecharse más adelante y en cuanto sean posibles sus enseñanzas, creando una agencia bien dirigida y orientada, sostenida por todos los periódicos, potente y con verdadera autonomía que evite la imposición de personal que por ignaro e inútil ha ocasionado más de una vez el fracaso de la obra.

Para obtener otros medios doctrinales, literarios y económicos, en parte puede servir esa agencia, en parte la colaboración, que no debe faltar de los amigos doctos, entre los cuales se ha de buscar al que represente en cada pueblo esta prensa. Así en las secciones lo mismo de Teología que de Agricultura, literarias que científicas, de quien debe solicitarse y en quien ha de encontrarse apoyo es en los afines.

En este trabajo no tienen cabida y por eso no nos ocupamos de

otros medios económicos que pueden utilizarse, como son: buena imprenta, necesaria para el periódico y muy conveniente para los trabajos diocesanos; la corresponsalía en todos los pueblos, que facilita pagos y cobros y ahorra dinero; el kiosco en las capitales y los vendedores propios, que benefician la administración. Kiosco y vendedores, que son medios precisos para la propaganda.

Citados, aunque algunos lo sean a vuela pluma, los medios que pueden emplearse en pro de la prensa católica, hay que insistir en que es un deber de las entidades y de los individuos que empleen la palabra católico, no como una locución de moda o de circunstancias, sino como un honorpreciado, facilitar esos medios.

Entidades o individuos deben crear donde no existe y sostener y mejorar donde existiera la prensa católica, y para ello no deben escatimar sacrificios. Cuanto mayores y más realicen más y mejor pueden llamarse católicos. Para procurar el triunfo de la doctrina que se ama nunca se mide ni se pesa el trabajo que ha de costarnos. Las rosas sin espinas tienen menos fragancia, lo que poco cuesta poco vale, menguado es el triunfo que sin pelear se consigue. El triunfo no hay que esperarlo como un don necesario del cielo, sino agradecerlo como don gratuito a cuya consecución hemos cooperado.

Los católicos españoles no creen tener deberes para con su prensa. Ni los que pueden crearla la crean, ni los que a ello están obligados la propagan, quienes deben facilitar su labor la entorpecen y aquellos que al apoyarla no harían nada de más se contentan con subvencionar la enemiga. Algunos de éstos dicen que el periódico católico, por serlo, ha de defender hasta los intereses particulares de los que así se llaman. En cambio, y conocemos muchos casos de haberlo hecho, dan su dinero al periódico enemigo para tener en aquel campo quien les aplauda o les ayude.

Siguiendo esta peregrina teoría, a nadie debe extrañar lo que ocurre. Los que así proceden esperan que llegada la hora del peligro descienda el milagro de los cielos para favorecerlos. Los que piensan bien, como las vírgenes prudentes de que nos habla el Evangelio, deben vivir con el aceite preparado en sus lámparas, como el que quiere la paz está arma al brazo para que no le sorprenda el enemigo.

Este deber, que cumplido dá satisfacción, cuesta mucho menos de lo que pagan algunos por un capricho, menos de lo que cuesta componer su automóvil de turismo a los que ese cumplimiento rehuyen.

Algunos que faltaron a ese deber sufrieron una equivocación que han pagado cara y seguirán pagándola mientras no abandonen sus actuales derroteros.

Esto que ocurre aquí ha ocurrido antes en Francia, donde costó tanto trabajo a Veuillot romper el hielo de la indiferencia. La empresa de «La Croix» se quejaba de no hallar un aplauso y un apoyo merecido por sus campañas, y se hallaba en pleno éxito; aquí se regatea siempre el aplauso y apoyo y se nos ponen obstáculos hasta para vivir.

A tales deberes que los católicos tienen con su prensa ésta corresponde con sus sacrificios y su apostolado, con estar siempre dispuesta a defender los postulados de su doctrina y después de Dios a ser siempre la primera para cuanto la Patria necesite, sirviéndola en todo.

Así la prensa católica ha prestado bienes positivos a la Patria, aunque unos no se hayan reconocido y otros se hayan regateado. Fué uno de ellos combatir sin tregua al liberalismo, al rotarismo, a la masonería, tres males que se reducen a un principio diabólico. Al liberalismo admitido y adulado por las clases directivas, no encontraban mal alguno sino bienes. Se dieron avisos por nuestra prensa sobre el mal que el liberalismo introdujo en las costumbres, produjo en las familias, causó a la Patria y, ¡triste es decirlo!, se tomaron a broma o se les hizo oídos de mercader.

Ese mal fué perfeccionado diabólicamente por el rotarismo y la masonería, dos enemigos infiltrados en una sociedad que los consideraba entes de razón elaborados por la fantasía de los escritores católicos. Unos y otra fueron poco a poco apoderándose de los resortes del poder y carcomiendo los cimientos de una política fundada y basada en el liberalismo.

Así pudieron elevar al gobierno aquel engendro de república, en la que todo mal tuvo su asiento y aquellos republicanos, masones en su mayoría, dieron paso libre al marxismo y a la hecatombe que éste ocasionó en España.

Como al Liberalismo antes en esa etapa, luego combatió con ardimiento la prensa católica a la república y a los republicanos ocupando éstos el poder, no importándole que hubiera elementos oportunistas, como los hay siempre, que vieron en Don Niceto un defensor del catolicismo y en la república un sistema compatible con la doctrina cristiana. Nuestra prensa logró desenmascarar a republi-

canos y marxistas, y mientras los seudogobernantes abrían las puertas al bolchevismo la prensa católica preparaba el triunfo de unos ideales hispanos, porque siéndolo eran católicos.

Cual mucho tiempo antes lo hacía, siguió entonces sembrando en los pechos de la juventud española los ideales por los que ésta dió contenta su sangre, alentó luego a las madres para que éstas gozaran viendo las heroicidades de sus hijos, aunque sus hazañas fueran a costa de su vida. Fué esa prensa la que en los primeros días del alzamiento pregonaba la victoria y en días posteriores no dió a la duda abrigo, no se sintió oportunista, sino que siempre mantuvo enhiesta su bandera, en la que como en los días nefastos de la república pudieron verse brillar sus dos lemas: Dios y Patria. El periodista católico no antepuso nada al Rey inmortal, al *Corazón de Jesús*, y por él lo dió todo: su vida, su pensamiento, su libertad, su trabajo: dió su alma.

A la Patria no regateó vigiliás, no le inquietaron persecuciones que le acarrearán su defensa, no escatimó su esfuerzo para atacar a los que la empobrecían, a los que la traicionaban, a los que la deshonraron. Nunca buscó al hacer lo más que cumplir con su conciencia, nunca esperó un cargo, una recompensa. Le bastó con la satisfacción íntima del deber realizado.

Reconoció los valores de nuestro Ejército y les rindió pleitesía, estuvo a su lado en las horas amargas del 10 de Agosto y en las de la aurora que luego trajo su triunfo. Fué esta prensa la primera que vió en Franco el hombre providencial que Dios envió a la Patria y defendiendo Dios y Patria tenía que amar y enaltecer al Caudillo, porque Dios le enviaba y fué por Dios y por la Patria por quienes vino a luchar.

Esa prensa, en este caso, como siempre, respondió a su historia, que no alabamos sino que nos limitamos a narrar la suya en España.

Pero antes que eso queremos dar una ojeada retrospectiva a la prensa española en general. Después hablaremos de los periódicos y periodistas católicos en los siglos XIX y XX.

Periódico propiamente tal puede decirse que el primero en España es «La Gaceta», que nació en 1661 y de la cual hay ejemplares en 1685 y en 1690 con distintos nombres, pero el periódico es el mismo a través de las vicisitudes del tiempo. El nombre de «Gaceta», que ha conservado hasta nuestros días y que probablemente volverá a tener, procede de una palabra italiana: «gazzeta», nombre de una moneda

con que se pagaba el relato que publicaban los antiguos periódicos venecianos.

En 1734 hay otros periódicos en España y desde esa fecha al 1799 se fundan hasta 55, que son comerciales, científicos, históricos y en todos ellos predomina la nota satírica.

La revolución francesa, madre de tanto mal, dió potentes alientos a masones y masonizantes para propalar su ideario y con el mismo fin procuró gran avance a su prensa. La española cobró también auge y la que existía a principios del siglo siguiente se dividió en dos bandos principales: nacional y afrancesada. La mayoría era de nacionales y éstos eran unos liberales y otros, los más, eran lo que se llamaba entonces absolutistas y serviles.

En la gesta gloriosa de 1808 fué la prensa nacional la que atacó denodadamente a los franceses, a los afrancesados y sus doctrinas, trilogía que siempre fué contraria al buen sentir de España: en la antigüedad, en el siglo XIX y ahora. Su proceder durante la cruzada dice lo bastante.

En 1815 se prohíbe todo periódico que no fuera «La Gaceta» o el «Diario de Avisos». Esa medida fué un corolario de la constitución liberal de Cádiz, que originó una reacción tal que para acallar las luchas de uno y otro bando fué precisa esa orden, que duró poco. Tornaron los periódicos y sus luchas. En 1824 se reanudaron todos, alcanzando mayor difusión.

Desde esa fecha a 1868 nacen y desaparecen en España 700, algunos de los cuales, como «La Epoca» de Madrid y el «Diario de Córdoba», han vivido hasta nuestros días.

Entre los principales periódicos madrileños del final del siglo XIX y de las primeras décadas del XX estaban: «La Iberia», órgano de la política de Sagasta; «La Correspondencia de España», que hubo un tiempo llamaron el gorro de dormir de los madrileños; «El Globo», que defendió la política de Castelar y en sus últimos tiempos, siendo siempre anticatólico, quiso actuar de crítico de sermones, pero no le guiaba el noble fin que al P. Isla, ni en este Fray Gerundio de Campazas, los redactores sabían una palabra de lo que entre chacota y burla comentaban; «El País», sectario en política y aún más en religión, y «Las Dominicales del librepensamiento», semanario que fué a fines del pasado siglo predilecto de los ateos y masones, en el que más cursis que sabios pretendieron hablar doctrinalmente quienes eran maestros en la institución libre de enseñanza, pero analfabetos en Teología y en otras cosas.

Surgió luego «El Imparcial», que siempre alardeó de liberalismo y de su redacción se separaron los fundadores de «El Liberal», primer periódico que en España explotó la publicidad de proxenetas sin que asomara el rubor al rostro de sus propietarios y redactores. Con el «Heraldo», que nació más tarde, se formó el famoso trust, que hizo gravísimo daño a España como lo hicieron sus factores separadamente. En el orden moral con sus reprobables doctrinas, en el nacional con la pérdida de nuestras colonias ultramarinas y la guerra con los Estados Unidos, de la que fueron principales alentadores, y en el político laborando en pro de la república y el marxismo, que tuvieron en los dos últimos voceros constantes.

Representan luego la sensatez «El Español» y «España», y más tarde «La Acción» y «La Nación». La fundación de «A B C» es una piedra miliaria en la prensa española, pues supo colocarse desde entonces en primera línea a la altura de los mejores extranjeros en información y presentación.

Luego, con dinero de quienes se decían católicos y solo eran plutócratas vizcainos, se fundaron «El Sol» y «La Voz», diarios de una misma empresa, que obedeciendo la consigna masónica sembraban el mal en las clases cultas el primero y en las demás la segunda. La monarquía, la patria, la moral y la religión tuvieron en esa empresa enemigos descubiertos y destructores a sueldo.

Tal es a grandes rasgos la historia de ese periodismo madrileño que en su mayoría acarreó a la Patria irreparables daños.

Veamos ahora el periódico católico, principal objeto de este trabajo. Algunos han pretendido hacerlo pagando plumas estimadas en el campo enemigo, que es como pagar almas: inmoral. Así hubo en periódico católico plumas inficionadas de liberalismo que las inspiraban cerebros cultos, las cuales defendieron ideales que no sentían y más de una vez resbalaron sustentando doctrinas que no profesaban. Proceder así es un error gravísimo. Más interesa estar bien formado en católico que ser maestro en el arte de escribir y en escoger titulares llamativas. Tampoco se exige que el periodista sea trapense, pero sí que en su vivir se acomode a las ideas que propugna.

Otro error de las entidades que sostienen un periódico es buscar para quienes lo escriben un empleo, una sinecura, que roba actividades al periodista y le someten a un nuevo yugo en vez de proporcionarle libertad para desenvolverse y medios para lograr con el estudio más y mejor formación. Quien solo tiene una sección y esa no es

diaria, justo es que pueda laborar en otras actividades obteniendo el merecido lucro.

Como labor de apostolado no es el lucro el fin del periodista católico, cuya profesión «es la peor remunerada y más criticada», como dice el Cardenal Gibbons. El bien que hace pasa casi siempre inadvertido, pero cualquier desliz es abultado y pregonado a los cuatro vientos».

Triste es la verdad que encierran estas palabras y es lástima que los que debieran ser y estar agradecidos destilen odio para el mal pagado periodista. No tienen para él la recompensa justa, ni el amor que basta, ni la noble comprensión que explica, ni siquiera la caridad cristiana que lo acalla todo.

El periodista de la hoja volandera, que no es la revista, ni el periódico profesional, debe formarse en una escuela que no tenemos, pero esa formación necesita haber estudiado antes una carrera en la que adquiera la cultura que ha de menester en su profesión.

Nuestra prensa necesita no solo católicos y periodistas sino periodistas católicos. Resulta preciso en las redacciones de esos diarios que haya una o más personas versadas en Sagrada Teología. Periodistas a los que sean familiares la Filosofía, la Teología y los Cánones, son una verdadera adquisición para una redacción de periódico católico.

El gran publicista Fabio decía que la mejor escuela del periodista católico era el estudiar «Opera omnia» de Santo Tomás. Es que pensaba, como dijo Proudhon, que toda cuestión política lleva consigo una teológica y conociendo la «Summa» hay mucho adelantado en el camino para discernir la verdad y escribir acertadamente sobre cuestiones políticas.

Los que cursaron otra carrera y desconocen la Teología, puestos a escribir tendrán una excelente voluntad de evitar incurrir en herejías materiales, pero eso no basta y más de una vez la ignorancia supina en disciplinas eclesiásticas les ha hecho equivocarse y sostener doctrinas que en un periódico confesional no tienen paso.

Por esto sostenemos la necesidad de teólogos en toda redacción nuestra, pues si bien el censor eclesiástico lo es, como su censura es «a posteriori», no puede evitar males o faltas que sí evita el redactor teólogo. Recordamos que Renán dijo: «la noticia sensacional corre más que su rectificación». Cuando un redactor desbarra se lee y comenta mucho más su falta que la verdad que el censor impone.

El origen del periodista católico lo encuentran algunos en el que

escribía las actas de los martirios, en el que contaba en la explanada de los santuarios las aventuras de los peregrinos, en el cruzado que venía de Palestina y narraba los hechos de su viaje.

Nosotros vamos a buscarlo en las primeras décadas del siglo XIX, en los que entonces eran calificados de serviles, y un siglo después se nos ha honrado con el dictado de retrógrados. Somos contados esos periodistas, pues se trata más que de una profesión de un apostolado, y no todos quieren llevar a hombros esa cruz.

Pero ni ser apóstol es sustancial para todos los que se lo llaman, ni estas o análogas calificaciones suelen tener más verdad que la del momento.

En España, en el siglo XIX, hay hombres como Balmes, que si combatiendo el protestantismo obtuvo renombre y por su Filosofía y su admirable «Criterio» pasó a la posteridad, su personalidad dejó imborrables huellas en el periodismo. Díganlo si no las revistas por él fundadas «La Civilización» y «La Sociedad» y el semanario «El Pensamiento de la Nación», también por él fundado y dirigido.

Otro periodista cumbre es Aparisi y Guijarro, orador grandilocuente, inspirado poeta, político tradicionalista, colaborador, redactor y director de periódicos.

Son de mediados de siglo el delicado poeta José Selgas, el dramaturgo López de Ayala y el novelista Navarro Villoslada, redactores del «Padre Cobos», modelo de publicaciones satíricas, cuyas indirectas se hicieron famosas. De final del XIX son los Pidal y Orti y Lara de la Unidad Católica; Necedal, propugnador del integrismo; el denodado polemista Mateos Gago; Sardá y Salvany, con su «Revista Popular» y su folleto «El Liberalismo es pecado», duramente combatido por los adversarios y aun por los afines, pero aprobado por la Santa Sede, que condenó la doctrina contraria.

Del presente siglo son Benigno Bolaños, el popular tradicionalista «Eneas»; Senantes, sucesor de Necedal en la dirección de «El Siglo Futuro»; Angel Herrera, que llevó a la prensa católica aires de Norte América, renovando procedimientos y dando amplitud a las informaciones; Rufino Blanco, que dirigió largos años «El Universo»; López Becerra, humorista envidiable; Raimundo García, excelente cronista de guerra en Africa, clarividente y acertado en sus juicios en la actual campaña; Miguel Peñaflor, Cirici Ventalló, Polo Benito y otros que por no extendernos mucho dejamos de citar.

Dejaríamos incompleta esta breve lista si no incluyéramos en ella a quienes siendo meritisísimos sacerdotes simultanearon el apostolado

de su ministerio con el de la pluma y en ambos dieron gloria a Dios y bienes espirituales al prójimo. Citemos como incansable publicista al P. Remigio Viariño Ugarte, que con múltiples pseudónimos fué infatigable divulgador de doctrina, de moral y liturgia en cientos de artículos de revistas y en la prensa diaria; el P. Garzón, fundador y director de la «Lectura Dominical» y de «El Apostolado de la Prensa»; el P. Dueso, que fundó «Los Legionarios de la Prensa», y los Padres Moreno Estévez y Otero Macías, que laboraron activamente hasta su muerte en «El Correo de Andalucía».

Entre los periodistas católicos han alcanzado este siglo la investidura de académicos de la española de la Lengua: un orador elocuentísimo, profundo filósofo y político de altos vuelos, que honró a la clase llamándose periodista, D. Juan Vázquez de Mella, y otro escritor que perteneció a la profesión 47 años: D. Valentín Gómez, director del «Movimiento Católico», por cierto que a su muerte fué a la Real Academia Española el P. Coloma, ocupando el sillón que había dejado vacante D. Valentín.

Estos y muchos más innominados son los apóstoles de la prensa católica española, de la que hemos de hablar ahora sin levantar el velo que descubriría su vida triste y miserable por incomprensión de los más, por desidia de otros, por estorbárselo algunos lobos con piel de oveja y que solo con la permisión de Dios, por el esfuerzo de unos pocos, adquirió en las tres primeras décadas de este siglo gran preponderancia.

Nuestra prensa comenzó a ser combativa a principios del siglo XIX, según hemos indicado en rápida ojeada al hablar de los periodistas, pero su crecimiento es de la primera década del siglo actual. Entonces se piensa en celebrar Asambleas para estudiar medios de mejorarla, engrandecerla y propagarla. Se celebró la primera en Sevilla en 1904, y se adhieren a ella 105 publicaciones, pero existían más. La mayor parte de sus socios desconocían a fondo los asuntos de la prensa, como lo demostraron en algunos de sus discursos y memorias de las dos primeras asambleas. Sin embargo se logró algo en favor de la prensa. Esta aumenta en cinco publicaciones el 1905, en doce el año siguiente y en treinta y seis el 1907.

A la de Zaragoza en 1908 se adhieren 212 publicaciones. Se dibujan en la misma dos tendencias que no faltan en la de Toledo: los que piden un criterio amplísimo y es su portavoz dentro y fuera de la asamblea el canónigo ovetense don Maximiliano Arboleya,

propulsor de «El Carbayón». Llevó la bandera contraria al elocuentísimo magistral de Sevilla, Roca y Ponsa, y con él la prensa tradicionalista.

En esta etapa los seminaristas hispalenses prosiguen su labor activa y publican el *Almanaque de la Prensa Católica*. En él se exponen las características de la española y de parte de la hispano-americana. En su edición de 1912 figuran 550 periódicos y en la de 1914 son 750. El anuario del ministerio de Fomento publica aquel año el nombre de 158 más.

Según dicho ministerio los periódicos católicos existentes eran 1006 en 1920. Sin embargo a la Asamblea que se celebró en Toledo en 1924 solo figuran como adheridos 305. Como tal diferencia? Figuran entre los adheridos muy pocos Boletines Eclesiásticos. Falta la inscripción de 50, pero son muy pocas publicaciones para compensar la diferencia.

En la Junta organizadora de esta Asamblea figuraba como vocal el director del periódico católico más antiguo de España, que es el «Diario» de Barcelona, cuya fundación data de 1792.

Al advenir la república, y con ella el periodo de persecución, se suspendieron muchos periódicos. Los católicos eran entonces 70 diarios, 5 trimestrales, 10 bisemanales, 129 semanales, 81 decenales, 43 quincenales, 121 mensuales, un bimestral, 3 trimestrales, un cuatrimestral y 40 sin fecha fija para publicarse.

Según fué avanzando la etapa de persecución con el frente popular, fué disminuyendo la prensa católica, cuyo número actual desconocemos.

Los periódicos contemporáneos principales fueron estos: «El Universo», representante de los católicos adictos a la monarquía reinante; «El Correo Español», órgano de los carlistas; «El Siglo Futuro», que lo fué solo de los integristas, hasta que al desaparecer «El Correo» lo fué de todos los tradicionalistas; «El Debate» tuvo varias oscilaciones, hasta que se encargó de él «La Gaceta del Norte», lo encauzó administrativamente y lo entregó a los propagandistas católicos. Fué periódico de información y en su confección se atendió a la modernidad, se inspiró en la prensa americana y ha sido el de mayor tirada de la prensa católica española. En política fué el fundador y portavoz de Acción Popular, aunque solo apareciera como tal oficiosamente. La empresa del «Debate» fundó últimamente «Ya», diario de la noche.

Los más importantes periódicos de provincias fueron: «El Correo

Catalán», batallador que mantuvo enhiesta en todo tiempo la bandera católica en Cataluña. «El Correo del Norte», el «de Zamora» y «El Pensamiento Navarro», carlistas; «La Constancia» de San Sebastián, «La Tradición Navarra» de Pamplona, «El Porvenir» de Valladolid, «La Libertad» de Málaga y «El Pueblo Católico» de Jaén, integristas. «La Unión», que se fundó en Sevilla para representar al Comercio, es desde hace tiempo tradicionalista. Identificados con «El Debate», estaban «El Correo de Andalucía» de Sevilla, «El Ideal Gallego» de Coruña, «El Ideal» de Granada, «Hoy» de Badajoz, «El Noticiero» de Zaragoza, «El Pueblo Manchego» de Ciudad Real, y «La Gaceta Regional» de Salamanca. El «Diario de Valencia» que fundaron los carlistas, evolucionó en los últimos tiempos de «El Correo Español», y últimamente su director fundó la agrupación política que se llamó la «Ceda», cuya política defendió.

Un magnífico periódico independiente es «La Gaceta del Norte», rotativo de los mejores de España. Tuvo popularidad en tiempo «La Gaceta del Sur», que uno o dos años antes que desapareciera fué dirigida por el luego tristemente célebre deán de Granada, diputado de la república y uno de los pocos eclesiásticos que faltando a su deber se pasaron a ese campo enemigo.

Es un periódico excelente el «Diario de Navarra», que supo desde sus primeros números elevarse a gran altura, yendo hasta a Roma para que le dieran la razón. El «Diario Regional» de Valladolid, que ha sabido ganar batallas contra poderosos y falaces enemigos. El «Diario Montañés» de Santander, el «Pueblo Vasco» de San Sebastián, «Noticiero Extremeño», «El Castellano» de Burgos y el «de Toledo», «La Independencia» de Almería, «La Voz de la Verdad» de Lugo, «La Verdad» de Murcia, «La Cruz» de Tarragona y «La Información» de Cádiz, han sido periódicos de prestigio en el estadio de nuestra prensa.

No debemos ocultar que entre la prensa católica se han contado periódicos de separatismo acentuado. Eran más políticos que católicos: «Euzcadi» de Bilbao y el «Nati» de Barcelona.

No como diarios, pero sí como publicaciones de gran importancia y difusión, merecen citarse las revistas doctrinales «Razón y Fe», la «Ciudad de Dios», «Ciencia Tomista», «España y América», «El Mensajero del Corazón de Jesús», «Esclava y Reina», «Ilustración del Clero», «Broma y Veras», «Contemporánea»; las religiosas «El Santísimo Rosario», «El Perpétuo Socorro», «El Pilar»; las literario-gráficas «La Estrella del Mar», «La Hormiga de Oro», «El Adalid

Seráfico»; los semanarios la «Semana Católica», «La Lectura Dominical» y «El Iris de Paz», y otros muchos no menos recomendables.

En la provincia de Córdoba también hubo abundante floración en la prensa. En el siglo presente hubo tres diarios: el «Noticiero Cordobés», que vivió media docena de años, «El Defensor de Córdoba», que vivió 40 y fué gubernativamente suspendido en fines de Septiembre del 38 y «Guión», órgano de Acción Popular, que vivió dos años. Semanarios hubo: tres tradicionalistas «La Bandera Española», que murió a primeros de siglo; con el mismo título se publicó otro en plena república. En igual época vivió en Aguilar de la Frontera «Boinas Rojas». Más de 20 años existió «El Boletín Dominical»; otro tanto el «Cronista del Valle», de Pozoblanco, y «La Opinión» de Cabra. También se publicaron «Afares», de la juventud católica, «El Eco Parroquial» de Montilla y «El Eco de Lucena». Hubo otros semanarios en Baena y Puente Genil.

Decenales, quincenales o semanales, se han publicado los siguientes: con el título de «Boletín», el «Eclesiástico», el «de la Adoración Nocturna», el «Salesiano» de Córdoba y de Montilla, «de la Federación Católica», «de la Acción Católica de la Mujer»; «La Tierra», «Hoja Mariana», «Mensajero del Corazón de María», «El Rosario Perpétuo», «La Campanilla del Viático», «Montilla Agraria» (que tuvo imprenta propia), «El Remedio» de Zambra, la «Revista Aracelitana», «Salve», la «Revista Mariana», que su fundador sostuvo 14 años y en ella se insertaron interesantes trabajos iconográficos; el «Cruzado de la Prensa», periódico quincenal, cuya tirada de cinco mil ejemplares se repartía gratis a pesar de la escasísima protección que se le dispensó. Este periódico estaba dedicado a defender la prensa católica y a combatir la blasfemia.

Hoy, de los 31 periódicos citados, solo se publican los tres Boletines nombrados en primer lugar en el párrafo anterior.

Algo más pudiera y quisiera decir sobre este tema, no para demostrar que la Prensa es el Cuarto Poder del Estado, según se mintió en las democracias, pero tampoco para rebajarla tanto como quien llamándose o que le llaman periodista, lo ha hecho glosando una frase del inmortal Pereda. Nunca escribió el autor de «Peñas Arriba» la frase «chicos de la Prensa» con el tono despectivo que ha querido darle el comentarista adulador. Los galeotes de la pluma serán jerarcas poderosos, cosa que la mayoría no pretendió, pero muchos de ellos son artífices del pensamiento y enmendadores de entuertos, cuando ejercen su profesión con dignidad y talento.

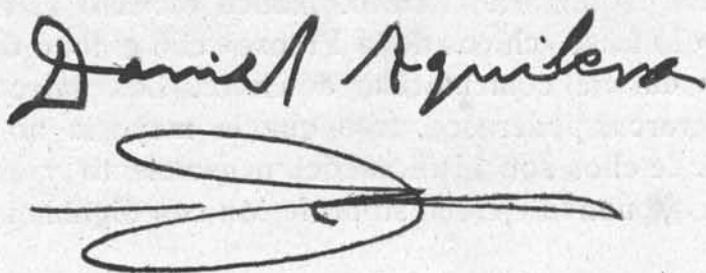
También son defensores de la verdad, que según el salmista, nació de la tierra y ha de buscarla siempre combatiendo la mentira, que tiene su padrinazgo en los abismos. La justicia ha de ser otro de sus postulados. El periodista debe rendir culto a esa virtud que se miró desde el cielo, en expresión de David, porque es donde se aprecia y se ve bien. Con la justicia debe buscar la paz de las almas, pues la justicia y la paz al encontrarse se besan.

Verdad, justicia y paz en sus columnas, energía y constancia en su apostolado, comprensión y protección de parte de sus afines en el ideal, es lo que deseo a la prensa católica de la que dejo dicho algo de lo que en mi sentir debe ser y lo que ha sido principalmente en este siglo. Sus necesidades y deberes los he estudiado y comprobado en el libro de la experiencia. Ella me ha enseñado lo que he dicho y lo que no es oportuno decir. Solo quiero antes de terminar pedir a Dios en lo futuro sea la prensa católica envidiada por el adversario, temida por el enemigo y admirada y protegida por los católicos, que con ella puedan ofrecer al extranjero un modelo en todo.

Esa prensa defensora del ideal e identificada en sus aspiraciones con el bien, ¡Dios quiera que siempre pueda cumplir sus fines! y en sus páginas sigan sobresaliendo siempre con la verdad y la justicia, la belleza y la caridad.

La belleza no debe faltar en unas publicaciones que como las de la prensa católica tienen la Belleza Increada como objetivo y siendo la fealdad su contradictoria no ha de prestarle cobijo. Tampoco ha de faltar en estos periódicos la caridad que es amor a Dios y amor a nuestros semejantes. La Caridad que es paciente y es benigna, en expresión del Apóstol, es muy necesaria en la prensa católica, porque esta es apostolado y en él se necesita como bálsamo y ayuda, contrarios al odio que tantas veces anida en el alma e inspira muchas luchas de la vida.

Un poco de caridad vuestra espero yo al finalizar estas notas, y aspiro a que la tengais conmigo, siguiendo vuestra nunca desmentida tradición, que os acredita de dadivosos en amabilidad, corteses con los humildes y nobles y benévolos en todo. He dicho.

A handwritten signature in dark ink, reading "Daniel Aguilera". Below the signature is a large, stylized flourish consisting of several loops and a long horizontal stroke.